

dedicados al estudio de estas historias de vida son de un enorme interés (además de ser, utilizadas del modo señalado, una innovación en los estudios de las migraciones en España). Y son, me atrevería a decir que sobre todo, páginas de una gran fuerza: la que da escuchar directamente a los inmigrantes, sus alegrías, sus quejas, sus recuerdos, sus deseos. Porque estos tres capítulos son de otro libro: tras los contextos (Marruecos, parte primera, y Cataluña, parte segunda) aparecen los sujetos de la inmigración. Y a partir de sus historias de vida van apareciendo ante el lector las vidas de los inmigrantes como ejemplificaciones sociales de diferentes trayectorias: Abdelkader, como tipo de pauta de vida tradicional y familia extensa del campo yebalí; Aixa, infancia tradicional de una mujer rural rifeña; Rabea, infancia urbana en transición hacia pautas modernas; Mustafá, itinerario exitoso dentro de la precariedad; Alí, fracaso tras cuatro años de residencia; Mohamed, el éxito profesional y la integración en la cultura juvenil catalana, o Yazmina, madre rifeña, entre la tradición y la

modernidad. A través (del análisis) de sus relatos de vida vamos viendo aparecer estructuras y procesos objetivos que subyacen a las trayectorias individuales (nivel socioeconómico) y valores y representaciones colectivas que cohesionan los discursos individuales (nivel sociosimbólico). Y a partir de esas historias de vida se ponen de manifiesto las diferentes estrategias de los actores en cinco aspectos clave en todo proceso migratorio: la decisión de emigrar; la inserción en el mercado de trabajo; la dinámica de la institución familiar; las transformaciones en la simbología y los valores, y las formas de inserción ciudadana.

Lejos de alguna parafernalia sociológica al uso, me atrevería a resumir mi juicio diciendo que, bajo su aparente sencillez, estos tres capítulos *ayudan a comprender* la inmigración marroquí en Cataluña y en España. Y esto es quizá todo lo que se puede esperar de la sociología. Y esto es lo debemos a los propios inmigrantes (cuyas voces resuenan con fuerza en estas páginas) y al trabajo del Colectivo IOE.

Lorenzo CACHÓN RODRÍGUEZ

IGNACIO SÁNCHEZ DE LA YNCERA

La mirada reflexiva de G. H. Mead. Sobre la socialidad y la comunicación
(Madrid, CIS-Siglo XXI, 1994)

Contactar con la personalidad y la obra del sociólogo americano George Herbert Mead a través del solvente y refinado estudio que el profesor SÁNCHEZ DE LA YNCERA firma bajo el

título *La mirada reflexiva de G. H. Mead. Sobre la socialidad y la comunicación* supone acercarse —como el propio autor indica en alguna ocasión— a un Mead inédito, al «filósofo

que, dentro del conjunto de su esfuerzo indagatorio, puso también las bases de una filosofía social».

No es nada nuevo pensar las teorías de este representante por excelencia del pragmatismo norteamericano en términos de «yo social», de juegos de roles, o de emergencia del *self* previa tarea de generalización del otro; sin embargo, sí lo es hacerse cargo radical de la fecundidad inscrita en las tesis meadianas acerca de la peculiaridad genuina e insobornable —por más que se desoiga o que se oiga con la estéril pose que se adopta frente a las verdades dadas por supuestas— de lo social. La socialidad y la comunicación que se anticipan en el subtítulo apuntan justo a eso. Así lo parece al menos visto el talante de un abordaje teórico como el presente, eminentemente dirigido a entablar diálogo con el Mead reacio a las dualidades epistémicas y, por consiguiente, inclinado a leer el mundo circulante con la continua conciencia de que se trata, siempre, de un mundo de elementos engranados.

El pensamiento del americano queda pulido y desarrollado bajo ese esfuerzo fructífero por traer a la reflexión actual las ideas y apuntes de una de las figuras clave en la conformación de la disciplina sociológica. Se trata, a fin de cuentas, de constatar el poder y la vigencia de una mirada a la sociedad y al individuo —que le da vida y que vive de ella a un tiempo— que tiene en la reflexividad su rasgo puntero y su nota definidora.

En esta notable ampliación del que fuera el primer estudio global —en castellano— sobre la dispersa obra del sociólogo estadounidense (*Interacción*

y comunicación. *Aproximación al pensamiento de George Herbert Mead*, Pamplona, Eunate, 1990), se plantea, entre otros aspectos, la relevancia de considerar la emergencia de la conciencia como puntal para entender la singularidad medular de la acción propiamente humana. La limpieza del argumento meadiano sobre la especificidad —sobre la «diferencia»— de las conductas humanas (amplia y detalladamente explicada en la segunda parte del libro: «La experiencia y la acción en la naturaleza») se hace evidente a la luz de la exposición de Sánchez de la Yncera.

Siguiendo una sugerencia de Joas, éste considera que es preciso atender a la reflexión de Mead sobre la relación entre la acción intersubjetiva y la referida a objetos físicos con el fin de replantear con mayores posibilidades de éxito resolutivo la conexión entre las familiares nociones de acción instrumental y acción comunicativa («intersubjetividad práctica», en términos de Joas). De continuo late el preciso apunte de Mead acerca de la ficción de las cadenas lógicas que la mente científica fabrica para anclar significativamente los acontecimientos a que asiste desde su particular observatorio en una secuencia no desconcertante. El ataque se emprende tanto contra el determinismo mecanicista como contra las filosofías de la historia que manejan un esquema de análisis basado en la idea de que existe una meta inesquivable y rígidamente determinada por los acontecimientos pasados. No en vano, y como se encarga de exponer con cuidada y contundente precisión Sánchez de la Yncera, para Mead, «la estructura sig-

nificativa del pasado es tan hipotética como la del futuro». El papel de la conciencia en esa suspensión del valor absoluto de los datos traídos al presente no puede eludirse sin perder al tiempo el esqueleto figurativo de todo el cuerpo teórico de Mead.

En la *society* concebida por Mead cabe la discontinuidad y la multiperspectividad. Hay una ruptura con la idea de causalidad con que operan las ciencias físicas. O, más que una ruptura, una toma de conciencia de la limitación de la estructura del pensamiento causalista de dichas ciencias para dar cuenta de la novedad. Así las cosas, no es extraño que, partiendo como parte de una definición de la acción humana —sea cual fuere el plano de la misma— plegada a la intersubjetividad continuamente emergente, las explicaciones que se sostienen en un determinismo romo y estable le insatisfagan.

Ya en la primera parte del libro —aquella que el profesor Sánchez de la Yncera dedica a presentar a Mead en su contexto y a documentar la preponderancia de éste sobre Dewey (o sobre autores más atendidos por la posterior filosofía americana, como James o Pierce) en la génesis y en la formulación del pragmatismo «que más interés puede tener para el desarrollo lógico de las ciencias sociales»— se alude de pleno a la teoría de la emergencia y al puesto de la experiencia en la comprensión del mundo engendrado por la manifestación de lo humano en la naturaleza. La cuestión está, una vez más, en no olvidar la singularidad de «la aparición de la conciencia sensible, que enriquece la socialidad estructural del animal, al

entrar su propia sensibilidad orgánica a formar parte del ambiente al que responde». Y en hacerse cargo, de inmediato, del plus de singularidad que añade a esa emergencia de la conciencia sensible el surgimiento de la autoconciencia humana, todavía más abrumadoramente enriquecedora y transformadora del entorno recibido.

Las consecuencias de ese personalísimo enfoque, que, en cierto modo, dinamita las bases de toda aquella sociología que desatienda el papel de la manipulación y de la intersubjetividad para construir su propio objeto de estudio, salpican el texto de continuo, y se vuelven vertebrales en la tercera, y última, parte: «La socialidad y la comunicación». Es precisamente en esta parte, la más amplia de *La mirada reflexiva de G. H. Mead*, donde Sánchez de la Yncera acomete la lectura más extensiva de la obra de Mead.

Desde la idea de un *self* concebido como la conciencia de uno mismo que se genera en el curso de la interacción social, va tomando cuerpo una propuesta teórica que alcanza a formular las deficiencias de las sociedades contemporáneas bajo el prisma legado por el pensamiento meadiano. Se trata, como viene a sostener el autor, de aplicar al complejo entramado de instituciones que conforman parte de los escenarios de puesta en marcha del ser social la exigencia ética de una comunicación neta. Al fin y al cabo, caer en la cuenta de la insuficiencia de la realidad efectiva para el despliegue íntegro de aquella capacidad de ponerse en el lugar del otro que Mead coloca en la médula misma del mecanismo psicológico de

la sociedad humana, puede servir de acicate para articular peticiones cabales al sistema que nosotros mismos, también con nuestras huidas e inhibiciones, tal como mantiene Sánchez de la Yncera, contribuimos a cristalizar.

Lo que aparece de telón de fondo de ese asomarse a la compleja realidad actual que ensaya el autor desde el edificio del pragmatismo meadiano, es la idea potente de una comunicación tomada como el ideal ético de una sociedad humana en la que hay una distancia —se quiere salvable— entre el horizonte de significado de la conducta individual y el fin social. Tal distancia da la medida de los límites de la organización social cuando los individuos que la actualizan y le dan sentido se muestran incapaces de situarse en la perspectiva de los demás. La idea es clave, sobre todo teniendo en cuenta que la autonomía de los sujetos se entiende incardinada en la socialidad y que, precisamente, el mecanismo de ésta no es otro que la comunicación.

La emergencia del *self*, plasmada con detalle al hilo de la descripción del origen social de la conciencia, del que Sánchez de la Yncera se ocupa en esta tercera parte del libro, precisa, en palabras del propio autor, de «la afirmación concreta de la autonomía relativa del sujeto con respecto al eje esencial de la referencia de su conducta, que es siempre el orden convencional del ámbito social en el que vive». Cobra actualidad, así, sin necesidad de un mínimo forcejeo, la llamada de Mead a que tome forma concreta una democracia «entendida como el régimen de “autogobierno” de una sociedad “consciente de sí

misma”». Después de todo, sólo la concreción tangible de los principios rectores de la convivencia puede dar valor a un proceso que, como bien aclara Sánchez de la Yncera, en crudo abstracto sería desdeñado, sin duda, por Mead.

Las instituciones se desvelan como medios para esa urgente expresión concreta de la esencial socialidad y de los sujetos autoafirmados que la posibilitan. «El desarrollo del *self*—escribe Sánchez de la Yncera— no consiste exclusivamente en la incorporación de actitudes sociales organizadas. Más aún, la realización diferenciada del *self* en su *respuesta* (creativa o renovadora) a las mismas, constituye el otro resorte que proyecta la posibilidad de desarrollo perfectivo de la sociedad humana.» De ahí que se destaque la imperiosidad del tomar partido, pues sólo con sujetos participantes adquieren contenido sustancial las organizaciones y estructuras colectivas que ordenan y auxilian el comportamiento de los individuos. El valor instrumental de las instituciones corre parejo, si no ceñido, al que Mead reconoce en el lenguaje. El elemento compartido es el de la funcionalidad para la cooperación interhumana concreta.

Así el planteamiento, no sorprende el alegato de Sánchez de la Yncera contra la idea de que la sociología de Mead sea «una sociología “blanda” que omite la mirada hacia las “estructuras”». La inmediata crítica, por otro lado netamente implícita, a «la visión materializada de la “organización” y de la “estructuración” de la convivencia que se ha hecho fuerte en la tradición moderna de la sociología», tiene el rasgo consciente de la radical

aprensión del significado de la intersubjetividad a que se aludía al comienzo de esta reseña. Se trata del tipo de apuesta consecuente que añade un plus de atractivo riesgo a las embestidas teóricas, ya de por sí —a cuenta de hacer comparecer la mirada personalísima de cada cual— inauditas.

Las insuficiencias que Sánchez de la Yncera encuentra en la idea mediana de autoafirmación —excesivamente lastrada, a su entender, por la atención acotada al carácter cooperativo de la conducta— constatan el empeño puesto en cargar hasta el límite con un concepto de la socialidad y la comunicación derivado de la intersubjetividad respetuosa, de aquella que se reconoce reconociendo los intereses de todos, pero que está en íntima conexión con el contexto intransferible de las existencias particulares. La perspectiva que abre Mead con su atención prioritaria a esa forma ineludible de empatía, en la que cobra centralidad la idea de expectación y donde se descubre el aspecto plástico de la figura del «otro generalizado», resulta extremadamen-

te valiosa para un enfoque —como lo es el de Sánchez de la Yncera— preocupado por pensar al sujeto en términos de su genuina capacidad para entender la dimensión solidaria que le es propia.

No cabe duda de que, en este acercamiento —el de mayor calado en la sociología española— a la obra del teórico pragmatista, el profesor Sánchez de la Yncera aplica sin reservas su consejo, que bien podría ser imperativo, sobre que «conviene que al desempolvar las obras de los maestros intentemos siempre crecer con ellas —de la mano de ellos— y hacerlo de la única forma posible: dejando que el alcance de nuestra mirada se alargue con el crecimiento de nuestra capacidad de mirar hasta encontrar, para esas fuentes de sentido, la interpretación más enteriza —más cuajada de resonancias significativas ante los afanes de nuestro propio tiempo— que seamos capaces de aplicarnos». El resultado es fascinante. Y, a estas alturas, la invitación a comprobarlo, casi una redundancia.

Marta RODRÍGUEZ FOUZ

DAVID OSBORNE y TED GAEBLER

La reinención del gobierno.

La influencia del espíritu empresarial en el sector público

(Barcelona, Paidós, 1995)

El libro que aquí vamos a tratar es una invitación a la acción, la acción como respuesta alternativa al inmovilismo al que nos conducen las estruc-

turas y las instituciones cuando éstas han sido sobrepasadas por la realidad misma. D. Osborne y T. Gaebler intentan plantear un nuevo marco